

Presidente de la República don Jorge Alessandri R., envió al secretario del organismo consultivo una nota a la cual adjuntaba un sobre cerrado dirigido a S.E. el Presidente de la República y que contenía su renuncia al cargo de Presidente del Consejo de Estado. La instrucción señalada al secretario del Consejo era de mantenerla en reserva y hacerla llegar a su destinatario el día 12 de septiembre de 1980, siempre que el resultado del plebiscito fuera favorable a la alternativa de aprobación del texto; en caso de que el resultado fuera negativo, no debía entregarla, sino esperar nuevas instrucciones" (pág. 139).

Basta, creo, lo expuesto para aquilatar el valor del aporte que efectúa el profesor Carrasco no sólo para los especialistas sino para todos los chilenos.

ALEJANDRO SILVA BASCUÑAN

<https://doi.org/10.29393/At455-22LDIV10022>

LA DESESPERANZA

De José Donoso

Editorial Seix Barral

En esa memorable novela que fue *Casa de campo*, José Donoso superó con éxito el desafío de novelar el Chile del régimen militar, sólo que lo hizo mediante la forma oblicua de la fábula y la trasposición fantástica. Hoy en *La desesperanza* enfrenta el desafío más difícil de narrar el Chile de 1984 —el estado de sitio, la cotidianeidad político-policial, la violencia y la desesperanza de cada episodio— con el lenguaje directo de la verosimilitud. Este lenguaje se articula en torno a la muerte y el entierro de Matilde Urrutia de Neruda, y fluye en apretadas 330 páginas circunscritas por *El crepúsculo* de su deceso, *La noche* y *La mañana* de su funeral, las tres desiguales partes del extenso relato.

El recuerdo del poeta y de su viuda, si bien ocupa cierto espacio narrativo, es casi el pretexto para convocar a los verdaderos protagonistas. El primero de ellos es Mañungo Vera, un cantante de izquierda de la onda *post-hippie*, de 34 años, ausente del país desde antes del 11 de septiembre, un día famoso y revolucionario, hoy algo pasado de moda en Europa y un tanto aburguesado, que regresa de París a Chile por un vago imperativo de identidad, a vivir su previsible *saison en enfer* criolla, que comienza en la casa de la difunta viuda. Allí se arremolina una variada fauna político-social-literaria, compuesta por personajes que ni entonces —en el momento de su presentación biográfica— ni en los episodios sucesivos terminan de convencer: son estereotipos, caricaturas, sujetos que el narrador mueve con cierta pesantez, acarreando lentamente su material anecdótico, y cuya ausencia se agradece cuando la acción vuelve a centrarse en Mañungo, en las fracturas de su conciencia política, en su estado de duda metódica, en su claroscuro moral.

La primera parte, *El crepúsculo*, termina aceptablemente, porque a pesar de los mencionados tropiezos se insinúan dos sujetos dinámicos: Mañungo y Judit. A estas alturas, sin embargo, queda claro que el idioma de la novela está a medio hacer: que su

prosa no es buena, que avanza sin fluidez, por lentos rodeos y aproximaciones circulares del significado que se desea. Hay, desde luego, simples descuidos o faltas de oído, como juntar en un corto espacio un “lanzaba” con un “abalanzaban” y un “abrazar”. Pero aparte de la negligencia, está la falta de brillo del lenguaje: no una buscada opacidad, sino una carencia de terminaciones verbales, de detalles, de pincelada fina. Este lenguaje narrativo se limita a la brocha gorda.

La desesperanza del título se refiere a la espiral de violencia y rencor sordo que sacude al país. La pasión que moviliza el protagonismo de Judit —la columna vertebral de la novela— es la laceración moral que sigue a la tortura y el deseo de vengarla, pasión que se transmite a poblaciones enteras en forma de “contactos enlazados por necesidad de venganza como un impulso ajeno a toda ideología”. Los actos públicos —como el entierro de Matilde— se cumplen en medio de un cerco de ametralladoras. El poder es brutal y omnipresente. La noche del toque de queda es surcada por vehículos blindados y por helicópteros. La palabra recurrente para describir el país es “infierno”. El pueblo vejado se hace presente en el corazón de la burguesía del barrio alto, bajo la forma de esas redes de mendigos nocturnos que escarban en la basura y al mismo tiempo son agentes secretos de inteligencia revolucionaria. No me corresponde, desde luego, juzgar de la “verdad” de esta imagen de Chile: sólo puedo dar cuenta de ella como circunstancia de la novela en términos de coherencia literaria, que es positiva. Quede al lector discernir qué es verdad extraliteraria y qué es fantasmagoría donosiana.

La segunda parte, *La noche*, es ciertamente y a mucha distancia la mejor de la novela, entre otras razones porque queda entregada al protagonismo casi exclusivo de Mañungo y Judit. Esta encarna un carácter femenino tan notable como complejo. Niña de clase alta que se rebeló contra su familia, primero comunista, luego mirista, torturada por la policía política pero no violada como sus cuatro compañeras de recinto, en su deseo de vengarse y vengar a las demás hay una especie de oscuro masoquismo frustrado, a la vez erótico y político. *La noche* es la odisea del intento de su venganza del torturador-no-violador, en la improvisada compañía de Mañungo, que se ve arrastrado por ella a la acción.

Este casi centenar de páginas es narrativamente lo más sólido de la novela. Es el tiempo de la acción y el diálogo más logrados, y su interés sólo decae cuando, en ciertos *flash-backs* que recapitulan el pasado político-policial de Judit, el relato adquiere cierto aire de reportaje pesadamente periodístico, que evoca momentos semejantes de las dos novelas de Isabel Allende. Pero Donoso se recobra pronto, y es visible su talento para acelerar la acción e introducir suspenso y fuerza cuando la lectura empezaba a hacerse monótona. El desenlace de la larga espera nocturna en un jardín del barrio alto es enteramente donosiano. La complejidad erótico-política de Judit la conduce extrañamente a las puertas de la venganza y, cuando llega esta posibilidad, a su propia anulación.

La tercera y última parte, *La mañana* —el funeral de Matilde Urrutia—, se hace larga y lenta casi desde el comienzo. Otra vez se encuentran todos los protagonistas de la primera parte, y casi todos ellos son aun más esquemáticos que al comienzo. Hay largos y aburridos parlamentos. Estas 130 páginas parecen trabajosamente escritas; desde

luego, no se leen sin trabajo. La intriga en torno a la Fundación Pablo Neruda, a los papeles y colecciones del poeta, resulta muy poco atractiva. Ocurre muy poco en muchas páginas. Incluso el protagonismo de Mañungo y Judit —con la excepción del episodio del cementerio— es pesado y lento: no parecen los caracteres de la noche anterior.

Después de muchas páginas superfluas, estiradas a costa de recursos más bien fallidos, el desenlace policial de la muerte de Lopito no alcanza a dar interés a una novela que ya perdió su rumbo. El propio aire antimilitar adquiere un tono edificante, que en el resto de la novela no tenía. El final simplemente desdice de José Donoso, por lo mecánico de sus procedimientos. La súbita conversión de Mañungo a la militancia activa contra el régimen tiene una tonalidad de falsete heroico y de moraleja *engagée*, como de novelista principiante. Me pregunto qué absurdo imperativo obligó a Donoso a prolongar hasta la página 329 una novela que agotó su substancia narrativa en la página 198, dándole el innecesario carácter de una novela frustrada.

IGNACIO VALENTE

BASE SOBERANIA Y OTROS RECUERDOS ANTARTICOS

De *Oscar Pinochet de la Barra*

Editorial Andrés Bello

Editado por la Editorial Andrés Bello, ha visto la luz pública, en su segunda edición, este libro que apareciera por primera vez en Buenos Aires en 1977, publicado por la Editorial Francisco de Aguirre.

Su autor es el conocido escritor Oscar Pinochet de la Barra, director de la Revista Chilena de Historia y Geografía, miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua y distinguido ex funcionario de nuestro Servicio Exterior, en el que ocupó importantes cargos.

Su libro es una colección de recuerdos y de valiosas informaciones de las tres primeras expediciones que enviara nuestro país al Sector Chileno Antártico en los años 1947, 1948 y 1949, para establecer en ellas Bases que afirmaran nuestra soberanía y que sirvieran las finalidades científicas que perseguía el Año Científico Internacional.

Como lo señala el autor, el Presidente de la República de Chile había procedido algunos años antes, el 6 de noviembre de 1940, a dictar el Decreto N° 1747, que fijó los meridianos 53° y 90° de Longitud Oeste de Greenwich como límites del Sector Chileno Antártico. El Gobierno de Estados Unidos había sugerido al nuestro formular reclamaciones de soberanía, pero éste, que contaba con legítimos derechos que databan de la época colonial, consideró, con justa razón, que lo que debía hacer no era una reclamación de soberanía, sino precisar los límites de territorios y mares que le pertenecían desde larga data.

Oscar Pinochet de la Barra, que desempeñaba por aquellos años funciones diplomáticas, fue designado por el Ministerio de Relaciones Exteriores en carácter de secretario,